

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ••• BARCELONA, junio de 1895 ••• NÚMERO 37

— Con el presente número se entregará el cuaderno 37 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



UN RECLAMANTE CÉLEBRE

Sir Edward se encolerizó, y dijo que el matrimonio entre primos hermanos no era permitido por la Iglesia

SUMARIO

Las malas tierras (conclusión).—Un reclamante célebre (conclusión).—La Ley de Lynch (continuación).—Pensamientos.

LAS «MALAS TIERRAS»

(Conclusión)

Por la mañana, no viendo ya señal alguna de indios por allí, subió á la meseta, con la esperanza de encontrar aún parte del ganado; mas no quedaba ni un solo animal: los indios lo habían robado todo.

Sin embargo, se engañaba: siguiendo algunas huellas que llamaron su atención, reconoció que algunos de los animales, espantados por los indios, habían saltado á la pendiente; y, bajando á su vez, encontró dos caballos con las piernas rotas. En el fondo del barranco halló también veintitrés becerras, que, sin duda, los indios no se llevaron por no tomarse la molestia de ir á sacarlas de allí, satisfecho de haber recobrado, al menos, una parte de su ganado. Harland condujo los animales hasta la inmediación de la cabaña, y después hizo sus preparativos para alejarse de aquel lugar cuanto antes fuese posible, temeroso de que los Sioux le hicieran otra visita.

Su caballo y las bestias de carga habían desaparecido también; y, no pudiendo llevarse todos los efectos de la cabaña, trasladó solamente á la cueva las cosas de más valor, y después cerró la entrada con piedras y arcilla. Por la tarde estaba ya en disposición de marchar, y comenzaba á bajar por el barranco, cuando le sorprendió y alegró al mismo tiempo ver á Curtis, que volvía sin la mula.

Los dos tenían que comunicarse malas noticias.

Curtis había sido atacado por los Pieles Rojas á diez ó doce millas de Deadwood, y, aunque le dispararon algunos tiros, pudo escapar merced á la ligereza de su caballo. Seguro de que habría mediado alguna colisión con los indios, no intentó llegar á la ciudad, y dirigióse desde luego al rancho con toda la rapidez posible. Los dos jóvenes se dieron por muy contentos con volver á verse.

Aquella noche se ocuparon en conducir el resto de su ganado hacia Fuerte Yates y el Misuri, siguiendo el camino que habían trazado en 1874. Por lo que supieron de Sitting Ball y del estado del país, con otras noticias recibidas en el fuerte, al que llegaron al cabo de cinco días, dedujeron que no había sido poca fortuna escapar tan fácilmente como ellos.

Los dos amigos estaban algo cabizbajos: la corriente de la fortuna les había sido adversa hasta entonces, pues durante tres años no hicieron más que perder dinero. Juzgando que en el presente estado de cosas, y á causa de la Cuestión-India, era muy arriesgado dedicarse á ganaderos al O. del Misuri, vendieron los animales que les quedaban á un traficante de

Dakota, y comenzaron á pensar en algún otro negocio que les ofreciera probabilidades de rehacerse. Después de tres años de fatiga y de exponerse á los peligros, no tenían ahora ni siquiera *trescientos duros*; mas no por eso estaban menos resueltos á no volver á sus casas con la palabra *fracaso*, escrita en sus fisionomías.

Entonces fué cuando pensaron en los huesos secos recogidos en Kansas uno ó dos años antes. Para ellos no era cuestión de que les agradase ó no el negocio, y solamente se preguntaban si les produciría dinero. En sus excursiones por el país, al O. del Misuri, habían cruzado por muchas de las antiguas colinas llamadas *de Búfalos*, donde había mucha yerba y grande abundancia de huesos. A decir verdad, todo el país era una especie de cordillera formada por aquellos restos, de los que se encontraban también enormes cantidades en las praderas.

Durante el mes de junio de aquella estación, los dos aventureros buscaron huesos en diversos puntos, llegando hasta el río Knife, situado en el lejano Norte. Trabajaron con afán y reunieron grandes montones de huesos, para ver cuántos podrían contenerse en un espacio determinado de terreno, como, por ejemplo, un acre, y cuánto tiempo necesitaría un hombre para recoger una tonelada, y el resultado de sus exploraciones de un mes les convenció de que el negocio podría producir bastante si trabajaban mucho.

Después se presentaba la cuestión del transporte de los huesos al mercado con la mayor economía. Durante el mes de julio, Curtis hizo una excursión á San Luis, donde tomó informes y concertó con una persona la entrega de los huesos en la orilla del Misuri, para enviarlos por vapores ó barcas destinadas á este objeto. En una de estas últimas podían cargarse de sesenta á setenta toneladas, y, según el arreglo que Curtis hizo, se les pagaría cincuenta y ocho céntimos por ciento de los huesos cargados y á punto de expedirse.

A su regreso, invirtieron sus trescientos duros, ó la mayor parte de esta suma, en un tiro de caballos, y comenzaron á recoger huesos para llevarlos á la orilla del río desde el país inmediato. Primeramente exploraron una considerable extensión del Sud, y después otros varios puntos. Durante esta primera estación prosiguieron el trabajo con sus propias manos, pues solamente tenían un carro grande con un tiro de cuatro mulas; pero, según parece, aquel año cargaron ciento cuarenta toneladas, lo cual indica que debieron trabajar sin descanso.

Al año siguiente hicieron su negocio en mayor escala, comprando cuatro yuntas y arreglándose con cinco hombres para conductores, lo cual no impidió que ellos ayudaran mucho. No se sabe á punto fijo la suma que adquirieron el segundo año; pero, sin duda, fué bastante regular, puesto que en el tercero empleaban ya once carros en diversos puntos, más arriba y más abajo del gran río Ageney.

Los dos aventureros persistieron en este mis-

mo trabajo, por más que no fuese nada agradable, hasta la primavera de 1881, en cuyo tiempo «habían despejado bien de huesos la cordillera», según dijo Curtis.

Aquel fué el año de la grande inundación en el Misuri, y nuestros amigos perdieron dos grandes cargamentos de huesos que las aguas arrastraron, dejando después la mercancía sumergida en el hielo.

Curtis y Harland se mostraron muy activos en el salvamento de tierras y ganados, y hasta de vidas humanas durante los días en que la inundación hizo tantos estragos en la parte no civilizada del Misuri. El relato de sus aventuras en aquel tiempo sería suficiente para llenar un capítulo, y donde los jóvenes estuvieron no fué necesario buscar mucho para encontrar un héroe. Aquellos días fueron de común peligro, y la catástrofe dió lugar á que se llevaran á cabo muchos actos de valor y abnegación, que dejaron un recuerdo imperecedero en la historia de Dakota y de Nebraska.

En cuanto á los beneficios, durante los cuatro años que Curtis y Harland traficaron en huesos, no se sabe á punto fijo cuáles fueron, pues cuando los hombres hacen una cosa buena suelen ser modestos, ó, por lo menos, no se sienten inclinados á decirlo á todo el mundo; pero algo podría deducirse por el hecho de que á principios de 1881 compraron quinientas cabezas de ganado joven, persistiendo siempre en el negocio que ya una vez estuvo á punto de costarles la vida. Aún veían en él mucho dinero, y podían emprenderle en mayor escala. Más tarde, en el mismo año, adquirieron trescientas reses más, haciendo otras compras de no escasa importancia.

Cuando el autor del presente relato los conoció, hallábanse con su ganado al SO. del cerro del centinela, cerca de Montana. Tenían diez pastores y dos mil cabezas de ganado, que valdrían, por lo menos, cuarenta mil duros.

Las fatigas y trabajos de aquellos dos jóvenes, de veintiséis años el uno y de veintisiete el otro, no habían alterado mucho su físico, y disfrutaban de la más completa salud.

De este curioso relato, nuestros lectores deducirán, seguramente, por lo que hace á su moral, que el Far West no es mal país para los jóvenes de valor y perseverancia; pero no para los débiles y apocados.

UN RECLAMANTE CÉLEBRE

La familia de Tichborne, si hemos de creer á Debrett, era notable en el condado de Hampshire (Inglaterra), aun antes de que el Conquistador desembarcase en este país. El nombre que ahora lleva, sin embargo, se derivaba, en tiempo de los Normandos, del río Itchen (De Itchenbourne, Ditchenbourne, Tichborne.)

Esta familia contribuyó á dar forma á la historia inglesa. Un tal Chidiock, que llevaba ese apellido, fué ejecutado en 1586 por haber tomado parte en la conspiración contra la rei-

na Isabel, conocida generalmente con el nombre de *Conspiración de Babington*; otro individuo de la familia, el caballero Juan de Tichborne, magistrado de Southampton, al recibir noticia de la muerte de la reina Isabel, presentóse en Winchester, y allí proclamó al rey Jacobo VI de Escocia como soberano de Inglaterra. En 1621, este mismo Juan recibió el título de barón. Sir Henry, el tercero que llevó el título, luchó en defensa de Carlos I, por lo que el Parlamento secuestró después sus bienes; pero los recobró en tiempo de la Restauración. La historia de los Tichbornes, por lo tanto, es la de una distinguida familia.

Pasando ahora al siglo presente, llamaremos la atención del lector sobre tres hermanos y sus familias respectivas.

1. Sir Henry Joseph Tichborne, que había heredado la baronía en 1821, era padre de siete hijas, pero no tenía ningún heredero barón. Aquellas fueron notables por su hermosura; pero sir Henry deseaba, más que todo, un heredero para transmitirle su nombre, y no nació ningún hijo; de modo que el título pasaría probablemente á la familia de un hermano.

2. Eduardo, que había pasado su primera juventud en la India Occidental, volvió á su país, y fué dueño de un extenso dominio, por testamento de la señorita Doughty, tomando con los bienes el sobrenombre de esta dama. Por esto se le conocía con el nombre de Eduardo Doughty, y vivía en el condado de Dorset. Este Eduardo, que envejecía ya, tuvo un hijo y una hija (Catalina Doughty), y era de presumir que aquél heredaría el título.

3. El tercer hermano fué Jaime Tichborne, que había vivido en el extranjero muchos años y casó, al fin, con una francesa, católica romana, que aborrecía á Inglaterra. Jaime, hombre débil, se dejó dominar por su esposa, y bajo su influencia se naturalizó como francés, sin desear mucho volver á su país natal. Cuando nació su primer hijo, Rogerio, la probabilidad de que heredase algún día el título de Tichborne y los dominios era tan remota, que, según parece, ni siquiera pensaron en ello sus padres. El muchacho fué educado como francés, en la religión de su madre, y tuvo por tutores á un tal Chatillon, y á un sacerdote llamado Lefèvre.

El lector que conserve en su memoria estos *dramatis personæ*, no tendrá dificultad en seguir la serie de los acontecimientos que indujeron á la gran impuestura de Tichborne.

Transcurrió el tiempo: sir Henry no debía tener evidentemente heredero; y Eduardo Doughty, con su hijo, estaban seguros de la herencia, cuando Jaime y su esposa recibieron noticias de que este niño había muerto, ó, en otros términos, que Rogerio, su hijo, se vería, con el tiempo, á la cabeza de toda la casa.

Rogerio no conocía entonces ni una palabra de inglés, y Jaime, de una edad avanzada ya, arrepentíase de la educación que había dado á su hijo. Para heredar el dominio de Tichborne con el título era preciso no perder tiempo: hacíase necesario que Rogerio marchase á Ingla-

terra para aprender bien el idioma y las costumbres del país.

Esto era bastante claro para Jaime; mas, por desgracia, no así para su esposa. Esta imbécil mujer permitió que el muchacho fuese conducido á Inglaterra para ver á sus dos tíos, sir Henry y M. Eduardo Doughty; mas, apenas hubo vuelto, se trazó un plan de conducta. Francia era, en su concepto, el único país para un caballero; Inglaterra, país protestante, no le parecía bastante bueno para su hijo. Ciertamente que los Tichbornes profesaban también

con la aquiescencia de su mujer en el hecho consumado. Haciendo de cobarde, dijo que consideraba como una obligación asistir á los funerales de su hermano, y que sería conveniente llevarse á Rogerio, heredero en perspectiva. La esposa consintió, pero suplicando á Rogerio que volviera lo más pronto posible, porque ella no quería poner el pie en la tierra aborrecida que su hijo iba á visitar. El marido se rió con disimulo, pues aquella contestación era precisamente la que él esperaba y la que le convenía.



UN RECLAMANTE CÉLEBRE: La casa patrimonial de los Tichbornes

la religión católica; pero, al fin, eran ingleses, y la mujer de Jaime los detestaba, importándole poco las tradiciones de la antigua casa. En su opinión, Rogerio debía casarse con una dama de la aristocracia de Francia ó de Italia, obtener algún grado superior en algún ejército continental, y salvarse así de los peligros de su herencia, aunque participando al mismo tiempo de sus beneficios.

Jaime opuso objeciones, y desde este momento comenzaron las polémicas; mas el esposo estaba realmente bajo el dominio de aquella mujer, estúpida á la par que resuelta, y no tuvo energía para hacerse fuerte e insistir. Hubo cuestiones, disgustos y enojos, pero no se hizo nada hasta que Rogerio llegó á la edad de diez y siete años.

Por entonces murió sir Henry.

Esta era la oportunidad de Jaime: realizaría su propósito por medio de una treta, contando

La verdad es que no tenía la menor intención de permitir á Rogerio que regresara. El muchacho cruzó el Canal, asistió á los funerales de su tío en la antigua capilla de Tichborne, fué á visitar la casa de su abuela en Knoyle, y desde aquí, por consejo unánime de sus parientes ingleses, así como por las vivas instancias de su padre, el chico consintió en ir al colegio de Jesuitas de Stoneyhurst e ingresó en la clase de estudiantes llamados *filósofos*. Lo que su padre quería, ante todo, era que aprendiese el idioma inglés; y, satisfecho de haber procedido así, Jaime volvió para reconciliarse con su esposa.

Como era natural, mediaron ruidosas cuestiones; la madre estaba furiosa, y durante un año rehusó contestar á las cartas de su hijo, muy cariñosas y de buen sentido; pero, en cambio, dirigió á las autoridades de Stoneyhurst las más violentas epístolas, vilipendian-

do á todos aquellos que pudieran haber tomado parte más ó menos directa en secuestrar así á su hijo, exponiendo á toda la familia, sin poder evitarlo ya, á toda clase de disgustos y malas inteligencias. El joven Rogerio, reconociendo, al fin, la naturaleza de aquellas cartas, escribió para sincerarse, pero sin efecto. Entretanto, la mujer volvió sus iras contra la víctima que tenía más cerca, es decir, su esposo: hubo lágrimas, graves discusiones y denuncias; pero Jaime lo sufrió todo con resignación; había conseguido su objeto, y si ahora

Por la muerte de sir Henry, su hermano Eduardo llegó á ser Caballero, y dejó su magnífico dominio de Upton para establecerse en la casa patrimonial de los Tichbornes. Ahora bien: Upton, con todas las propiedades de los Doughty, le habían sido legadas, como hemos dicho, por testamento de la Sra. Doughty; pero esta dama había dispuesto que al cabo de cierto tiempo toda su propiedad, así como lo que se hubiese comprado, se agregara al dominio de los Tichbornes. De este modo, más ó menos tarde, hasta Upton, su casa favorita, donde



UN RECLAMANTE CÉLEBRE: —He obrado con mucha precipitación,—dijo el enfermo

volvía á ceder á las exigencias de su esposa, tal vez no se le presentase otra oportunidad. Además, Rogerio estaba lejos, y esto disminuía el peligro de que su padre cediera, en un momento de debilidad.

Entretanto, Rogerio se aplicó á estudiar el inglés. Había comenzado tan tarde, que, sin duda, no le podría hablar tan bien como el francés; pero ya podía conversar sin dificultad, y hasta escribirle, sin cometer más que algunas faltas gramaticales. Permaneció en Stoneyhurst tres años, y tuvo muchos amigos, porque era un joven muy amable. Allí aprendió al mismo tiempo algo de latín, matemáticas y química. Durante las vacaciones acostumbraba á visitar á sus parientes de Inglaterra; pero donde iba más á menudo era al Parque de Tichborne, en donde ahora vivía su tío, Eduardo Doughty.

había pasado la infancia el niño difunto, con la hija única, Catalina, debía pasar á manos del joven francés, quien les visitaba todos los días de fiesta. No había sido fácil trasladarse desde Upton á Tichborne, y era triste pensar que con el tiempo debían desprenderse de estos dominios y buscar una nueva casa, por lo cual ya se comprenderá que no podían mostrarse muy bondadosos con la causa inocente de todo esto.

La situación era muy delicada; pero el joven era el más propio para desarmar toda aversión, si hubiese existido. Poco á poco, por su timidez y buenos modales se concilió el aprecio de los de la casa, y nada en su conversación indicó nunca que había formado planes para el tiempo en que el Parque de Tichborne fuera suyo. Rogerio parecía más bien un estudiante que un joven inglés sano y robusto;

pero manifestaba inclinaciones al país y á su género de vida. Era un pobre tirador, á la vez que pescador muy común; pero agradábale correr un par de perros, y esto era para él una gran diversión.

Acercábase el día en que Rogerio debía salir de Stoneyhurst, y se hizo necesario buscarle profesión. Su padre eligió la carrera militar, para que después ingresase en el ejército inglés, y otra vez su madre renovó sus protestas, apurando la paciencia de su esposo.

Hemos dicho que sir Henry tenía siete hijas, una de ellas casó con el coronel de granaderos Guillermo Greenwood, que vivía á media hora de distancia de Tichborne, y un hermano del coronel, llamado Jorge, que también servía en el ejército, había cobrado el mayor cariño á Rogerio Tichborne. Apenas supo que éste deseaba ingresar en un regimiento de caballería, acompañóle una mañana á Londres y le presentó al comandante su jefe, quien le aseguró que le proporcionaría una plaza. Ahora bien: estas promesas rara vez se cumplen hasta después de haber transcurrido largo tiempo; y, al ver Rogerio que no se acordaban de él, comenzó á trabajar por su propia cuenta. Era un joven raro, y no había aprendido la costumbre inglesa de inducir á los parientes á interesarse por él; no quiso molestar á sus tíos, y limitóse á escribir una carta al coronel de los Guardias, tomándose la libertad de rogarle que recordara al comandante en jefe su promesa. Su carta produjo tal vez algún asombro; mas con ella consiguió el fin. Por toda contestación, Mr. Rogerio Charles Tichborne obtuvo el despacho de oficial abanderado del 6.^º regimiento de Dragones. Sufrió un examen en Sandhurst sin la menor dificultad, y marchó á Dublin desde luego, para incorporarse á su regimiento. Desde esta ciudad hubo de pasar al S. de Irlanda, y durante su permanencia aquí, visitó dos ó tres veces á sus amigos de Inglaterra. Era el favorito de los primeros oficiales, pues, á decir verdad, no tenía un solo vicio. En el regimiento le llamaban *Teesh*, diminutivo de *Tichborne*.

A decir verdad, su madre persistía aún en sus planes para el futuro, y todavía hablaba de casar á su hijo con una princesa italiana; mas entonces Rogerio estaba ya muy en camino de llegar á ser un caballero inglés, y de tipo muy admirable. En cuanto al casamiento, ya tenía formado su plan y fijas sus ideas sobre lo que debía hacer.

Debía esperarse que á causa de sus frecuentes visitas á Tichborne, Rogerio tuviese ocasiones de hablar con su prima Catalina, á quien ya pudo ver largo tiempo antes de Upton; pero entonces era una niña pequeña, y Rogerio un muchacho que apenas sabía una palabra de inglés. Los dos se acordaban uno de otro, sin embargo, cuando se vieron más tarde en Bath. Rogerio tenía entonces veinte años, y la señorita Doughty, educada en el convento de Taunton, volvió á éste después de la excursión á dicho punto. En las fiestas del verano volvieron á verse en Tichborne Park, y

por espacio de seis semanas el trato fué continuo; pero Catalina debió marchar con sus padres á Escocia, y Rogerio se despidió en el muelle. En octubre se encontraron otra vez en Tichborne. El joven volvió á poco á Irlanda; pasó una semana en Upton el verano siguiente, y en enero de 1850 visitó Tichborne otra vez. Llegaba entonces á su mayoría, y esto se celebró con algunas fiestas. Después, los primos no volvieron á verse durante año y medio. No es necesario investigar si Rogerio Tichborne reconoció, al fin, por primera vez que amaba á su prima: tal vez, en efecto, se acrecentó gradualmente; pero, á no dudarlo, era sincero. El joven, demasiado tímido para declararse á Catalina, y no atreviéndose á tratar del asunto con sir Eduardo, acabó por confiar el secreto á lady Doughty.

Esta señora no se mostró hostil, ni tampoco dió á Rogerio seguridad alguna, limitándose á reconocer que aquel matrimonio era un excelente arreglo por lo que hacía á la propiedad. Añadió que la señorita Doughty era muy niña aún, contando solamente quince años; que Catalina era prima suya en primer grado, y que los matrimonios entre jóvenes que tienen este parentesco no eran permitidos por la Iglesia Católica. Además, la Sra. Doughty había oído hablar algunas veces del género de vida de los oficiales del regimiento de Rogerio; tenía entendido que á éste se le había visto en alguna ocasión casi embriagado; censuró que éste no fuese aficionado á la literatura, y que leyese de continuo novelas francesas de dudosa moralidad. Por lo demás, añadió la dama, poco podía decirse en contra del joven, que, en rigor, era sincero, digno y merecedor del aprecio de todos. Un simple caso de embriaguez no dejaba de ser deplorable; pero no argüía el vicio de beber, y, en rigor, nadie le censuraba por semejante propensión. Los sentimientos de lady Doughty sobre este asunto se podían reconocer mejor por el contenido de la siguiente carta, fechada en 31 de enero de 1850:

«Tichborne Park

*Querido Rogerio: Después de haber estado tres semanas entre la vida y la muerte, el Señor ha tenido á bien permitir que me restablezca, hasta el punto de haber podido, al fin, pasar hoy algún tiempo en la sala, donde permaneceré dos horas en mi butaca. Ahora me apresuro á darle á V. gracias por sus cartas, particularmente la confidencial; pero han de pasar algunos días antes de que me sea dado decirle todo lo que pienso, porque estoy muy débil aún y la vista no me permite leer ni escribir mucho. Recuerde V., querido Rogerio, la conversación que teníamos cada noche y que me daba derecho á interesarme por V. Después de hacerme una confidencia, me dijo V. que no se arrepentía de haberme revelado su secreto, y yo ahora me complazco en manifestarle que sabré guardarlo. De todos modos, mi línea de conducta está bien marcada y debo seguirla sin vacilar. Mi deber es no influir de ningún modo en la opinión de dos jóvenes que

tratan de unirse; y me parece que lo mejor es dejarles conocer antes el mundo y la sociedad. He sabido con gusto que merece V. el mejor concepto por parte de todas las personas que le han tratado últimamente, y las cuales reconocen su energía y decisión, considerándole como un pudentoroso caballero. La profesión de V. es honrosa y puede alcanzar en ella renombre. Absténgase en lo posible de la bebida y no gaste locamente su vigor y buena salud, perjudicándose á sí propio. Tal vez le parezca enojosa mi carta; pero es la de una verdadera amiga, y quisiera que me escribiese pronto para decirme si he cansado su paciencia. Su tío y las primas le envían los más cariñosos afectos; y por mi parte le aseguro que puede contar con el de su tía,

»Catalina Doughty.»

Rogerio, algo picado su amor propio, escribió diciendo que sus pecadillos habían degenerado en crímenes, y dejó pasar algún tiempo sin enviar ninguna otra carta.

El día de Navidad de 1851 hizo otra visita á Tichborne Park. Sir Edward, cuya salud se había alterado, estaba con tal motivo algo intratable, y esto fué causa de que el desenlace fuera más rápido de lo que se pensaba. Catalina había regalado á Rogerio un volumen que contenía los *Himnos del Padre Faber*, y el joven le dió otro en cambio. Sir Edward tuvo conocimiento de esto y le dió una importancia que no tenía. Cierto domingo por la mañana, después de haber paseado Rogerio con su prima por el jardín, estaban á punto de sentarse á la mesa para almorzar, cuando el joven recibió un recado de sir Edward, quien le rogaba tuviese la bondad de subir á la biblioteca. Catalina quiso esperarle; pero Rogerio no volvió.

En resumen: sir Edward se encolerizó, y dijo que el matrimonio entre primos hermanos no era permitido por la Iglesia; pero á esto contestó Rogerio que ésta otorga dispensas en semejantes casos.

—¡No importa! —repuso el caballero.—Hay otras razones.

—Lo que le han dicho á V. de mí,—replicó el joven,—es una pura falsoedad.

El resultado de la entrevista fué que Rogerio recibió orden de abandonar la casa á la mañana siguiente para siempre; y los primos se despidieron en el salón aquella misma noche. El joven dijo que pensaba embarcarse á la primera oportunidad con su regimiento para marchar á la India, y hé aquí cómo describe sus impresiones de aquel momento:

«Difícil es para mí explicar lo que sentí al separarme de mi tío. Estaba trastornado. Volví á mi habitación y traté de empaquetar mis efectos; mas no me fué posible por el pronto, á causa de mi aturdimiento. Dejéme caer en un sillón y permanecí allí con la cabeza oculta entre las rodillas durante más de media hora. Solamente Catalina podía imaginar de qué naturaleza eran mis pensamientos.»

En la carta que dirigió á su prima con este motivo decía lo siguiente:

«El pensar que al otro día era forzoso separarme de ti para no volver á verte, ó en caso contrario al cabo de mucho tiempo, si yo regresaba de la India, mi corazón se oprimió. No sentí el menor alivio hasta que mi tía me dijo, á eso de las dos, que deseabas verme. Esto me causó el mayor placer, tanto más en cuanto no lo esperaba. No creo necesario, querida Catalina, cansarte con los detalles de todo lo que he sentido por ti durante estos dos últimos días. Te prometo, y te doy mi palabra de honor, de que volveré á Inglaterra, si no estás casada ó comprometida, á fines de otoño del 54 ó el mes de enero de 1855. Si ya estuvieses unida con otro hombre, permaneceré en la India de diez á quince años, deseando tu felicidad.»

Muy pronto, sin embargo, las circunstancias parecieron favorecer á los jóvenes. Sir Edward empeoró en su enfermedad. Los médicos le desahuciaron y se llamó á Rogerio para que recibiera la bendición del moribundo.

—He obrado con mucha precipitación,—dijo el enfermo cuando el joven se acercó.—Si te avienes á esperar tres años y obtienes entonces el consentimiento de tu padre, no me opongo á que te unas con Catalina.

—Desde que he conocido á V.,—contestó el joven,—he procurado conducirme de la manera más honrosa. Obtendré el consentimiento de mi padre y también el permiso de la Iglesia.

Después de esto, comenzó á cuidar á su tío con la mayor solicitud, y al cabo de algunos días el enfermo se recobró un poco, lo bastante para que el joven pudiera volver á incorporarse á su regimiento en Irlanda. Estaba esperando de un día á otro la orden de trasladarse á la India; pero los guardias no hicieron más que trasladarse á Canterbury..

En el verano, Rogerio obtuvo licencia y corrió á Tichborne, después de pasar una semana ó dos en Londres. Allí fué donde, el 22 de junio de 1852, los primos se pasearon juntos por última vez. Hablaron del futuro, y el joven confió á Catalina un secreto. Algún tiempo antes había hecho un voto, que tenía escrito y firmado, y cuyo contenido era el siguiente:

«En este día prometo que si llego á casarme este año con mi prima Catalina Doughty, ó antes que transcurran otros tres, mandaré edificar una iglesia ó una capilla en Tichborne, dedicada á la Santa Virgen, como expresión de gracias por la protección que nos ha dispensado para que se cumplan nuestros deseos.

Cuando Rogerio fué á incorporarse con su regimiento y estuvo seguro de que éste no iría ya á la India, resolvió retirarse del servicio para viajar, porque deseaba mucho ver la América del Sur.

Su proyecto era pasar un año en Chile, Guayaquil y el Perú; marchar después á Méjico, y desde aquí trasladarse á los Estados Unidos, para volver después á Inglaterra.

Habiendo formado su plan, escribió su testamento, pues era muy aficionado al orden en todas sus cosas. En aquel documento no decía nada de la capilla que había ofrecido edificar en Tichborne; pero prometió construirla bajo

ciertas condiciones expresadas en un papel que dejó en manos de su amigo Mr. Gosford, administrador de los bienes de la familia, y también dió una copia de su voto al despedirse de Catalina en el jardín de Tichborne. No fué á la antigua casa para despedirse, porque le parecía que era impropio en el presente estado de cosas, y, aunque se le rogó que antes de marchar se presentase para visitar á su tío, sir Edward, persistió en su resolución.

El buque debía permanecer allí un mes; de modo que Rogerio, después de pasar una semana en Valparaíso, tuvo tiempo de ir á Santiago, y volvió oportunamente para marchar al Perú. Su criado enfermó en Santiago y hubo de quedarse allí.

Rogerio visitó Lima, fletó un pequeño yate con provisiones, y recorrió unas trescientas millas del río Guayaquil.

Con un criado nuevo y dos indios emprendió



UN RECLAMANTE CÉLEBRE: Se presentó el capitán, diciéndole que era Mr. Tichborne

Rogerio Tichborne salió de Inglaterra en febrero, y permaneció cerca de tres semanas en París con su padre y su madre. Esta última, por supuesto, se opuso á que viajara, y buscó la influencia de algunos capellanes para que hicieran desistir á su hijo; pero todo fué inútil. Rogerio había manifestado mucha resolución últimamente en todas sus cosas: tenía el proyecto de salir del Havre en un buque francés, *La Paulina*, y lo realizó.

El 1.^o de marzo de 1853, este buque salió del Havre, llevando á bordo á Rogerio Tichborne y á su criado Juan Moore. Hacía muy mal tiempo, y esto obligó á *La Paulina* á detenerse en Falmouth; mas, al hacerse á la vela de nuevo, efectuó un buen viaje al rededor del Cabo de Hornos y llegó á Valparaíso el 19 de junio.

varias expediciones en busca de aves raras, visitó las minas de plata y cobre, y divirtiéose mucho.

En las primeras cartas que recibió de Inglaterra anunciábasele que su tío sir Edward había muerto apenas *La Paulina* salió del Havre, y que su padre y madre eran ahora sir James y lady Tichborne.

(Se concluirá)

>>>> PENSAMIENTOS <<<<

—No hay penitencia eficaz ni completa sin la enmienda.

—Hay una carga sutil cuyo excesivo peso agobia: la carga de los desengaños.

=ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA=

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.=NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establishimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA